

si la alegría que ahora entra en mi corazón debe salir de él,..... os juro que el castigo sería más grande que la falta.

ROSWEIN.

No me burlo. Te amo. (La abraza y la lleva desfallecida al diván.)

LEONOR, abriendo los ojos y mirándole.

¡Hay ángeles!..... ¿Pero quién soy yo? ¿Qué soy, Dios mío? (Oculta el rostro.)

ROSWEIN.

No penséis más en esto. Olvidad como yo olvido. El sufrimiento os ha redimido. [Se levanta.] Pero no quiero que ese hombre vuelva aquí. Voy á verlo antes. Voy á Nápoles.—Estáis fatigada. Id á descansar. Dormid en paz. Hasta mañana.

LEONOR, levantándose é interrogando con los ojos.

Andrés..... ¿no os volveré á ver?

ROSWEIN.

Mañana, al amanecer, si no estáis aún fatigada,..... iremos, como antes, como en la primavera de nuestro amor, á correr sobre las rocas, á escudriñar las ruinas y á segar en el rocío. ¿Me creéis?

LEONOR.

¡Os creo, os creo! [Le besa las manos. Andrés la conduce hasta la puerta de la izquierda.]

Hasta luego. [Leonor le envía un beso con la mano y sale.]

ROSWEIN, después CARNIOLI.

ROSWEIN, solo.

Si,..... ¡son los acentos de verdad... .. ó la luz y el día no son más que mentira y tinieblas!—¿Qué va á decir él? Seguirá agravando sus acusaciones;..... pero se las contestaré con una palabra: «El que ha tenido el valor de arrojar en los brazos de otro á la mujer que amaba,—el que para favorecer sus designios, hace de los encantos de su querida añagaza ó señuelo, ese podrá aspirar á todo en el mundo, menos á obtener la confianza de un hombre honrado.» Apenas hace un cuarto de hora que se fué,..... apresurándome lo encontraré todavía en Nápoles,..... ó al menos lo encontraré en el camino..... [Carnioli abre la puerta del fondo.] ¡El..... ¡Ya!

CARNIOLI.

Ya. ¡Ah! ¿estás solo? ¡tanto mejor!—No fui á Nápoles, envié allá á Beppo que me esperaba en la verja con mi caballo. Dentro de poco tiempo estará aquí con las cartas, y con ellas quedarás convencido, amigo mío.

ROSWEIN.

Es inútil. Me lo he confesado todo.

CARNIOLI.

¡Ah! Lo sospechaba yo.—Ea pues, tu maleta y vámonos.

ROSWEIN.

No.

CAPITULO ALFONSIKA

CARNIOLI, con viveza mirándolo.

¿No?..... Pues bien, siento mucho decírtelo, muchacho; pero eres.....

ROSWEIN.

Un cobarde; ya lo sé. Oídme, Carnioli: habéis sido, á vuestro modo, mi bienhechor. Hasta hoy nunca lo he olvidado; pero ya es demasiado, creedlo. Una palabra más traspasaría lo que la gratitud humana puede soportar.

CARNIOLI, se pasea un momento en silencio con aire preocupado: después prosigue con voz breve y agitada:

¡Querido mío,—tú vas á ser la causa de que yo acabe mis días en un convento; tú, sábelo!—Yo he amado mucho la música; tú has amado mucho á una mujer..... Los dos expiamos nuestra falta.—El hombre recibe cierta dosis de sensibilidad, cierta facultad de amar y de sacrificarse, que una ley superior le ordena difundir en torno suyo en proporciones regulares, aplicando una parte al donante, otra á la familia, otra á la patria, á lo que se llama el deber;—y reservando lo restante para las distracciones y los ocios de la vida. Tú y yo hemos violado esta ley, hemos concentrado todos nuestros afectos en un solo objeto, y, lo que es peor, en un objeto de lujo: yo en la música; tú en una mujer. Por esto pesa sobre nosotros la maldición.—Mi pasión ha sido herida en lo más vivo por los mismos resortes que ella había desarrollado. Pierdo la obra de mi vida por las combinaciones que había yo meditado para protegerla;—para roer secretamente mi frente, y para colmo de desgracia, veo que una mano, llena de mis beneficios, se levanta para azotarme el rostro. ¡Esto es muy penoso!—Tú asistes, como un testigo desesperado, pero importante, á la ruina de tu cuerpo, de tu alma y de tu génio! Esto no es nada divertido.—Indudablemente hay un Dios, Roswein.

ROSWEIN.

Lo sé.

CARNIOLI, cuya agitación aumenta.

¡Ay! ¡esta mujer!..... ¿Cómo he podido olvidar-me de que estos frágiles escollos siempre han bastado para aniquilar cualquiera fuerza humana? ¡Un niño lo sabe!..... ¡Onfale, Circe, Dalila! Estos nombres de magas que resplandecen como faros en la tradición del mundo, ¿cómo no me han iluminado?..... Pero lo que puede salvarse todavía de tu naufragio, ¡yo lo salvaré!..... sí,—¡á toda costa! ¡Si te queda un pedazo de corazón en el pecho, yo te sacaré de este harén,—aunque tuviera yo, como Ulises, que ponerte delante de los ojos un espejo de acero, aunque sintieras el reflejo en la médula de tus huesos!..... De todos modos, es necesario.... No más que yo hubiera querido prepararte;..... pero ya no hay tiempo. Escucha.

ROSWEIN.

No..... ¡Dejadme!

CARNIOLI.

¡Ah! ¡La única vez de mi vida en que hablo con severidad, te dignarás escucharme!..... No vengo directamente de España. Un negocio interesante me llamaba á Sicilia, y antes de tocar Nápoles, fui á pasar una semana en una quinta que tengo en Palermo y Monreale.—No sabía yo en qué emplear las tardes, y las pasaba corriendo el campo, que es muy hermoso en aquel lugar,—un rincón del Edén, olvidado por el diluvio. Ninguno, y me envanezo de ello, es menos propenso que yo á la melancolía..... Y sin embargo, no me explico por qué rareza experimentaba, yo durante aquellos paseos solitarios, la pesadez de una alma abstraída en sí misma,—y al vago abatimiento de un espíritu que se alimenta, co-

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

mo los calenturientos, con su propia sustancia.....
 ¿Era el cansancio del viaje? ¿era un presentimiento?...
 Cualquier cosa que haya sido, una tarde, el jueves último,
 mo,..... (Vacila.) Dame un vaso de agua. (Roswein le
 sirve el agua, Carnioli bebe un trago, pone el vaso junto a él, se sienta y
 prosigue.) A la caída de la tarde, atravesaba yo un estrecho
 valle abrigado por altas colinas, de los vientos del mar, y
 que es renombrado en el país por la salubridad del aire
 que allí se respira. Entre las rústicas casuchas disemina-
 das en el valle, me llamó la atención una vivienda de una
 limpieza británica una especie de quinta,—¡estos in-
 gleses se encajan en todas partes!—Al acercarme, impul-
 sado por simple curiosidad, oí repentinamente salir del
 fondo de un jardín contiguo á la casita, los sonidos graves
 y suavísimos de un violoncelo.

ROSWEIN.

¡Carnioli!

CARNIOLI.

Reconocí el arco,..... reconocí la mano.

ROSWEIN.

¡Por favor, Carnioli!

CARNIOLI.

¿Crees tú que esta revelación me divierte?

— Un hombre de mediana edad, de rostro cuadrado y
 de patillas rojas, estaba de pie en el umbral de la casa. Se
 acercó á mí, creyendo leer en mi semblante la expresión
 de un sufrimiento repentino..... Lo interrogué
 Hacía dos años que tenía en su granja dos huéspedes,—me
 los nombró..... Mi razón me aconsejaba alejarme de
 aquel lugar..... Pero el violoncelo seguía cantando,
 y mi pasión por la música, unida á un sentimiento que no
 me era dado definir, me atraía hasta el fondo de aquel

abismo de amargura, á cuyo borde me había conducido la
 casualidad,

ROSWEIN.

¿La casualidad, Carnioli?

CARNIOLI.

Como quieras..... Entré al jardín..... Me es-
 curri sin hacer ruido detrás de los árboles, y pude ver á
 un grupo de tres personas que el follaje de una higuera
 protegía de los rayos del sol poniente..... Una de
 ellas me era desconocida; pero comprendí que era un me-
 dico.....

ROSWEIN.

¡Oh Dios!

CARNIOLI.

A las otras dos las conocía yo, y las conoces tú.—Só-
 lo el anciano me pareció cambiado..... La fisonomía
 de la joven apenas estaba alterada, más sin embargo, su
 actitud, el sillón lleno de almohadas en que estaba recosta-
 da, el brillo singular de su mirada, tolo me anunciaba
 que el médico había ido por ella Desde mi llega-
 da..... no hay un sólo detalle de esta escena que no
 tuviera presente, aunque viviera diez mil años. (Golpea el
 suelo con el pié.)

Su padre dejó el arco y le preguntó cómo se sentía
 "Mejor, respondió sonriendo, mejor que mejor;
 pero sólo la Alemania me curaría enteramente....."
 Después cerró los ojos y murmuró algunas palabras inin-
 teligibles..... Sólo pude distinguir tu nombre.....

ROSWEIN.

¡Por compasión, Carnioli!

BIBLIOTECA ALFONSIANA

CARNIOLI.

«Hija mía, dijo entonces el anciano, confíamelo todo..... Este secreto que te obstinas en guardar dobla tu mal..... Confíamelo todo, te lo ruego, y te prometo no maldecirlo..... Te ha engañado, no es verdad.» Ella volvió á abrir los ojos; no, no replicó; me he engañado yo misma, yo soía..... No hay más culpable que yo; amadle siempre.» Después, luego que cerraba sus párpados, como acometida de un delirio súbito, cambiaba de lenguaje,..... te acusaba,..... repetía tus palabras de amor,..... suplicaba á su padre, rogaba á Dios que te perdenara.

ROSWEIN.

¡Maldición! ¡Carnioli, si alguna vez me habéis amado!.....

CARNIOLI, su voz se altera.

Durante este tiempo, los dedos del anciano, posados sobre las cuerdas del violoncelo, le arrancaban con movimientos bruscos, sonidos,..... lamentos que taladraban mi corazón..... La joven se despertó y dijo: «Padre mío, tengo dos favores que pedir;..... pero antes sonreídme.» El anciano trató de sonreír: «¡Gracias! repuso ella. Ahora, toca me *el Canto del Calvario*..... —No, no, dijo el buen hombre con un acento de alegría punzante; el día de tu matrimonio, hijita.....» La niña se sonrió mirándole con fijeza; él bajó los ojos sin replicar. Con un gesto lleno de dolor, sacudió sus cabellos blancos sobre su frente más pálida que el mármol y tomó el arco..... Oí entonces *¡el Canto del Calvario*, sí, (Su voz se ahogaba.) Mientras tocaba veía yo que caían gruesas lágrimas sobre sus pobres manos enflaquecidas y trémulas..... ¡Lloraba! ¡La madera y el cobre lloraban!..... ¡El médico apartaba la vista,..... y yo!..... sólo la niña no lloraba..... ¡Ya no tenía lágrimas!..... (Se levanta muy conmovido y da unos pasos.)

ROSWEIN.

¡Basta! ¡basta! ¡Oh Dios misericordioso! ¡Dios mío! (Cae sobre una silla.)

CARNIOLI, con brusquedad.

Se acabó. Cálmate.— Salí, esperé al médico en la puerta. Le pregunté si quedaba alguna esperanza. Me señaló el cielo. «Pero, le dije, ¿si aquel á quien ella ama volviera?..... Entonces, respondió, aunque ya es muy tarde, tal vez.»

ROSWEIN, levantándose.

¡Partamos! ¡partamos pronto!

CARNIOLI.

Partamos.

ROSWEIN.

Carnioli, os juro que voy á seguirlos; pero necesito ver todavía una vez más á la que voy á abandonar para siempre. Es necesario. No le hablaré. Ella no me verá. Veré por última vez su rostro, y os seguiré.

CARNIOLI.

¿Ya flaqueas?

ROSWEIN.

No. Acompañadme, venid. No la despertaré.

CARNIOLI.

Ven pues, y acabemos.

Salen por la puerta de la izquierda, atraviesan una galería y llegan á la antecámara de la princesa; una lámpara de alabastro alumbra débilmente la pieza. Marieta dormita en un sillón. Al entrar los dos se levanta espantada.

CARNIOLI.—ROSWEIN.—MARIETA.

ROSWEIN, en voz baja, á Marieta.

¿Duerme?

MARIETA.

Sí, hadlad bajo.

ROSWEIN.

Vuelvo. Espérame aquí. (Se dirige á la alcoba.)

MARIETA, deteniéndolo.

La señora princesa ha recomendado que no se le incomode bajo ningún pretexto. Está enferma.

ROSWEIN.

Déjame. No la despertaré. Solamente quiero verla.

MARIETA.

Señor, perdón; pero me despediría.

ROSWEIN.

No me verá. Retírate. ¿Por qué tiemblas, tonta?

MARIETA.

¡No entréis, señor, os lo suplico!

CARNIOLI, con voz estrepitosa.

¡No está ahí! ¡A puesto mi cabeza á que no está ahí!
—¡Ah! ¡eso faltaba para coronar la obra! (Se ríe.) Puedes entrar, onda; no despertarás á ninguno.

ROSWEIN, empujando á Marieta espantada.

¡Quítate! [Abre violentamente la puerta; la alcoba está vacía; se golpea la frente.] ¡Luego me engañaba! ¡Mentía aún! ¡No! ¡Aunque un ángel de Dios me lo hubiera dicho, no lo hubiera creído! (Viendo una carta sobre la mesa.) ¡Ah! ¡una carta de ella! (La abre y lee.) «Mi querido maestro: yo abandono cuando me place; pero á mí no se me abandona. Adiós. — Leonor.» (Se queda un instante inmóvil, apoyando con fuerza una mano sobre el pecho.)

CARNIOLI.

Bueno, hay que agradecersele. Tendrás más tranquilo el ánimo. Sal de ahí.

ROSWEIN, asiendo un brazo de Marieta.

Oye, y responde con verdad, si no quieres estar á mi alcance, porque te juro que tú pagarás por todos:—¿ha salido con el cantor, no es verdad?

MARIETA.

¡Socorro, monseñor!

CARNIOLI.

Respóndele.

MARIETA.

Con el cantor, sí.

ROSWEIN.

¿Dónde están?

MARIETA.

En Gaeta.

ROSWEIN.

¡A Gaeta!—Seguidme, caballero. Beppo debe haber vuelto ya. Encontraremos vuestros caballos en la verja.

CARNIOLI.

Pero ¿qué vas á hacer?

ROSWEIN,

Ya lo veréis. Venid.

CARNIOLI.

¿Crees tú que yo voy á comprometerme en tu correría? ¡Estás loco!

ROSWEIN.

No vengáis, pues. Buenas noches. (Se sale.)

CARNIOLI.

¡Voto á bríos! detente, voy contigo..... Me destituirán, ¡no me importa!

ROSWEIN.

Pasemos á casa Necesitamos armas. [Salen.]

Media noche.—Una rampa escarpada en el camino de Gaeta.—A la derecha, colinas boscosas y sumergidas en la sombra. A la izquierda, el mar, más luminoso, rompiéndose contra la costa peñascosa en que va subiendo el camino dando vueltas.

ROSWEIN.—CARNIOLI, los dos á caballo, subiendo la rampa al galope, después SERTORIO.

CARNIOLI.

Este camino está desierto como el Sahara. Marieta nos ha engañado. Al paso que hemos traído, deberíamos haberlos alcanzado, si trajeron esta dirección..... Puede que vayan por mar..... Volvémonos.

ROSWEIN.

¡Vuélvete, tú, si quieres!

CARNIOLI.

¡Piensa en la Sicilia, Andrés!..... ¡piensa en el Canto del Calvario!

ROSWEIN.

¡El Canto del Calvario, lo canto!

CARNIOLI.

¡No tan pronto, demonio!—Vaya una noche horrible..... Tengo momentos en que pierdo la razón.... ¡Si creyera yo en el infierno, creería estar en él! Te digo que estamos perdiendo el tiempo.

ROSWEIN.

¡Sigamos! Veo un punto obscuro allá arriba..... ¿qué no es un coche?

CARNIOLI.

¡Dios nos libre.—Yo no veo nada..... La noche está tan negra como la cara del diablo..... De un momento á otro voy á caer en el mar con mi caballo,—y me ha de dar risa, así estoy de alegre.

ROSWEIN.

He oído el ruido de un látigo, estoy seguro de ello. ¡Ea! (Arrea el caballo.) ¡Ay! ¡santos del cielo! ¿qué es lo que va á pasar?

CARNIOLI.

¡Dame tus pistolas, Andrés! ¡No ores dueño de tí... Te serviré de testigo en un duelo con ese joven; pero si pretendes que yo asista al asesinato de una mujer..... ¡cuerpo de Cristo! ¡no te sigo!

ROSWEIN.

¡Una mujer! ¿acaso es una mujer?..... y además, ¿qué me importa? ¿Con que puede hacer lo que ella ha hecho,..... se puede hollar con los piés todo lo que hay de sagrado y de inviolable; se puede convertir la palabra en mentira, la sonrisa y lágrimas en comedia; se puede hacer del alma de un hombre un juguete, y del nombre mismo del cielo una cobarde traición..... y debe perdonarse todo esto porque el que lo haga, diga: «¡soy una mujer!»..... ¡No, por Dios!—¡Ah! ¡los ves ahora!..... ¡Alto ahí! (Se ve un carruaje que sube la costa.)

CARNIOLI.

¡Dame tus pistolas, desgraciado!..... Te juro que te las devolveré para un combate digno de tí.

ROSWEIN.

¡Alto ahí, postillón!..... Párate ó te doy un tiro!

Salta del caballo, Carnioli hace lo mismo. Los dos se acercan al coche que está ya parado.

¡Es una equivocación!..... ¡Ten cuidado, Andrés!..... Este coche no es el suyo.

ROSWEIN.

Vamos á ver.

Se acercan al carruaje. Roswein abre violentamente la portezuela; ve al viejo Sertorio sentado cerca de un ataúd cubierto de un paño blanco sembrado de flores. Retrocede dando un grito terrible.—Carnioli lo aparta con la mano y se pone delante de él, como para ocultarle aquel espectáculo.

SERTORIO, con voz sorda y temblorosa.

¿Qué hay?..... ¿Qué queréis, señores? La llevo á Alemania, lo ha deseado ella. ¡Es mi hija, señores, (Se le ahoga la voz.) mi hija única, mi única niña! ¿Qué queréis de mí?

CARNIOLI.

Señor, no abrigueis temor alguno.

SERTORIO.

No tengo miedo..... Vosotros sois ladrones;... bandidos;..... No sois artistas. Yo sólo temo á los artistas, señores. Un artista es el que ha matado á mi hija. Uno de vosotros hubiera tenido compasión de ella..... un tigre la hubiera perdonado.....

CARNIOLI.

¡Id en paz, señor! ¡id en paz!

SERTORIO.

Gracias, señores, gracias.—La llevo á Alemania, lo ha deseado ella.

CARNIOLI.

Sí, señor, id en paz. ¡Que Dios os proteja!

Cierra la portezuela. El coche prosigue su marcha y desaparece poco á poco en la obscuridad. (Carnioli se vuelve.)

--¡Andrés!..... ¿dónde estás, Andrés mío?

[Divisa al joven sentado en la orilla de la ribera; corre hácia él.]

¿Estás malo, hijo mío? ¡Qué pálido estás!..... A ver tu pulso..... ¡Ay! ¡misericordia!

ROSWEIN.

¡Escuchad!

Se oye ruido de música y de cantos en el mar; aparece una barca empavesada y encendida, doblando la punta de la costa.—Se oye más distintamente el canto y la música; Leonor eleva su voz cantando el Adiós de Granada, Rosweín lanza un gemido ahogado y se desploma en la roca.

CARNIOLI, irguiéndose en el borde de la ribera, sin soltar la mano de Rosweín, gritando con voz tonante.

¡El cisné dálmata muere, y tú cantas,..... canalla! (La barca se aleja; Carnioli cae de rodillas y lleva su mano al corazón del joven.) ¡Acabó!..... ¡Pobre niño!..... ¡pobre niño! (Lo abraza y solloza.) ¡Ay! ¡ruega por mí! (Los cantos se pierden en lontananza.)

FIN.

UN BANQUERO.

COMEDIA

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL CIRCO
EN ABRIL DE 1864.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1960 1625 MONTERREY, MEXICO

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 17 de Marzo de 1864.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

642M
UN BANQUERO,

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

ESCRITA EN FRANCÉS

POR OCTAVIO FEUILLET

CON EL TÍTULO DE

MONTJOYE,

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON JUAN DEL PERAL.

2.º de Marzo 1867

Zaragoza

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.